

Mercedes Comellas Aguirrezábal (ed. y coord.), *Fernán Caballero: escritura y contradicción*, Sevilla, Consejería de Cultura y Patrimonio Histórico, Junta de Andalucía, 2022, ISBN 978-84-9959-418-7, 191 pp.

El libro que nos ocupa, debido al carácter de su nacimiento y a una sabia labor de la profesora Mercedes Comellas, presenta una brillante simbiosis de catálogo y publicación científica. Adjetivo, este último, que no interfiere con el que también puede considerarse su carácter divulgativo; esto es, no resulta necesario ser especialista en literatura española para apreciar y disfrutar un libro que sabe conjugar, como decimos a la perfección, el rigor científico con la fluidez y amenidad de la lectura. Valor al que se añade un cuidadísimo trabajo de edición por parte de la Consejería de Cultura y Patrimonio Histórico, en lo que se refiere a sus aspectos materiales, y un excelente despliegue iconográfico –retratos, libros, grabados, periódicos y fotografías– que, a cargo de la profesora Magdalena Illán, además de proporcionar de manera visual al lector el contexto de la trayectoria vital y literaria de Fernán, «guarda alguna sorpresa», como «el descubrimiento de un retrato de juventud de la autora» (p. 8). Retrato que muy acertadamente ocupa el espacio de honor, la portada, pues su claro contraste con las tradicionales imágenes que se han popularizado de ella viene a darnos las claves de la obra que preside: «una Cecilia aún fuerte y joven [...]. Hay una resolución en su mirada que corresponde bien con su verdadera dimensión histórica [...]. No es una viejecita cansada, sino una promesa de modernidad literaria [...], una de las más interesantes lecciones de la historia literaria española» (p. 57).

Comencemos por ese «carácter de su nacimiento». En 2022, el por entonces tan revuelto Centro Andaluz de las Letras nombró a Fernán «Autora del Año», por representar un «eje clave de la historia literaria española del siglo XIX». Ello propició una serie de actividades y homenajes destinados a devolverle «la importancia que tuvo como creadora, abordando su figura desde la modernidad» (CAL). Entre ellos cabría destacar una exposición itinerante –«Oculta a todo ojo profano...», de la que fuera comisaria la profesora Marieta Cantos–, la publicación de una antología, coordinada también por Cantos –*Fernán Caballero. Mariposas diurnas*–, y este que nos ocupa, y que el CAL denomina «catálogo científico». En todo ello, tanto el CAL como la Junta de Andalucía se han volcado, y prueba de ello son esos aspectos materiales del libro que antes mencionábamos. En ese sentido, estamos ante un bellissimo ejemplar, cuidado hasta el más mínimo detalle: desde lo manejable del tamaño hasta la textura de las cubiertas, pasando por sus originales solapas o el sobrio contraste de colores en las letras de portada, índice e inicio de los capítulos. Inmejorable presentación, pues, para el trabajo de Comellas, esa que antes denominábamos su sabia labor.

La profesora Comellas se ha rodeado de diez investigadores de largo recorrido para abordar desde la modernidad, como quería el CAL, la figura de Fernán Caballero. Y falta, sin duda, hacía; no hay más que pararse a comprobar, en las notas a pie de página, lo excepcionales que son los estudios críticos «recientes» sobre Fernán de los que parten los autores que suscriben estas páginas para armar sus análisis (excepciones que, por cierto, suelen venir firmadas por alguno de ellos mismos). Con mimo y precisión, estos investigadores se centran en alguna de las líneas que la editora abre en su introducción: «Cecilia Böhl de Faber y la invención de Fernán Caballero: vida y obra de una escritora». Esta que mal llamamos introducción es, en realidad, completa y detallada presentación y análisis del «estado de la cuestión», porque Comellas aborda, desde todos los ángulos que la conforman –que no son pocos–, la fascinante figura de esta autora a la que J.F. Montesinos denominara el «gran calamar andaluz» por su «capacidad de camuflarse y protegerse en su tinta»; capacidad que contribuiría a convertirla en una escritora

«incómoda y difícil de clasificar». Ciertamente, cómo hacerlo si la cifra tanto de su vida como de su obra fue la contradicción: «dijo situarse al margen de la política pero escribió las primeras novelas españolas con fuerte presencia de temática política; afirmó [...] que las mujeres debían evitar el ejercicio intelectual, pero se entregó con ambición a la vida literaria; se definió romántica y abominó del romanticismo; escribió gran parte de su obra en francés pero pretendía crear la nueva novela española [...]; fue de un severo puritanismo pero convirtió el adulterio en tema obsesivo de su narrativa, además de que su vida amorosa no fue la de una beata». Una «condición paradójica», en fin, «que la obligó a vivir en permanente debate consigo misma y con su mundo» (pp. 13-14).

En tan apasionante debate, pues, nos introduce Comellas, quien avalada por sus conocimientos sobre Fernán Caballero —y da prueba de ello la frecuencia con que su nombre aparece citado en los diez estudios que siguen—, viene a sintetizar tanta paradoja en el binomio «Cecilia-Fernán», frágil equilibrio que marcaría su vida y su obra, su constante revolverse en el «conflicto entre su identidad social y su identidad literaria» (p. 28). Se realiza, así, un sintético pero esclarecedor recorrido por la novelesca biografía de Cecilia en que se incluyen los orígenes, desarrollo y frutos de esa vocación literaria que la llevaría a encontrarse con *Fernán*, con quien no acertaría a fusionarse hasta el final de su vida, precisamente —nueva paradoja— cuando «se agota como escritora» (p. 37). Antes de ese agotamiento creativo, la escindida autora había sido «una pionera (aunque silenciada) durante los años románticos», renovando el panorama narrativo español con «una voz nueva» (p. 45); esto es, «su novedosa fórmula de usar la observación inmediata no solo la separa de los estereotipos de la novela romántica, sino que la adelanta sobre muchos de sus contemporáneos al dejar atrás la estética sentimental, considerada entonces [...] el territorio literario propiamente femenino» (p. 49). Así Fernán, transitando por el difícil cruce de caminos del Antiguo Régimen y el emergente Estado liberal, no solo escribió «obras que cambiaron el rumbo de la narrativa española», sino que además fundó «una nueva novela, probó géneros inéditos, inició la recopilación de cuentos folclóricos, creó un lenguaje narrativo que no existía en castellano»; una renovación, en fin, «nutrida de savia romántica» que traería «como consecuencia el advenimiento del realismo», y que la dejó a ella «aislada [...] en el panorama literario, porque no pertenece propiamente a ninguna escuela ni tendencia» (p. 56). Aislada e incomprendida: «su fama póstuma ha ido distorsionando su imagen y apagándola hasta reducirla en ocasiones a la categoría de antigualla» (pp. 56-57).

A continuación, y en atinado orden —orden que, por tanto, seguiremos en nuestra presentación—, se alinean los diez trabajos restantes. En primer lugar, Xavier Andreu Miralles se instala en una aparente paradoja desde su título —«Una España católica y moderna: la nación antiliberal de Fernán Caballero»— para explorar la posición —referente de la «ofensiva antiliberal» (p. 60)— y evolución de Fernán Caballero en el ideario conservador, y mostrar cómo dicha trayectoria —de afin a los liberales conservadores a musa neocatólica— no necesariamente cerraba los caminos de la modernidad, al plantear una «alternativa antiliberal que no pasaba simplemente por el retorno al Antiguo Régimen» (p. 64), lo que la convertiría en «voz clave en la articulación de lo que vendría en el futuro» (p. 69). De hecho, y a raíz de su análisis sobre la posición de Fernán en el panorama literario de su tiempo, Mónica Burguera López seguidamente —«Fernán Caballero y la celebridad romántica femenina»— sostendrá que la autora «llenó de un contenido literario innovador un espacio político como el del liberalismo moderado» (p. 76). Muy revelador, de la imagen literaria que aspiraba a crearse nuestra autora en la República de las letras, es el análisis que realiza Burguera de su relación con las escritoras románticas Avellaneda y Coronado, de sus afinidades e insalvables diferencias que, no obstante, no le impidieron alzar «la voz para identificarse públicamente [con ellas],

probablemente porque compartían la dificultad de mantener ese precario equilibrio entre la gloria y lo grotesco» (p. 81); esto es, y a ello volvemos, entre Cecilia y *Fernán*. Desde otro ángulo explora ese panorama literario Íñigo Sánchez-Llama –«La forja de una reputación literaria distinguida durante el reinado de Isabel II (1843-1868): Fernán Caballero y el “canon isabelino”»–, que estudia los «sólidos contactos» de Fernán Caballero con, en esta ocasión, el Parnaso masculino –el único Parnaso, a fin de cuentas–, con aquellos hombres que jugaron un papel decisivo en su trayectoria literaria, como José Joaquín de Mora, Eugenio Hartzenbusch, Manuel Cañete o Eugenio Ochoa. Al dibujar los contornos de ese canon, Sánchez-Llama nos explica cómo en él sería acogida Fernán porque su obra «responde de manera precisa a las expectativas artísticas forjadas», según la cuales el «elemento doctrinal» se impone sobre «la producción de belleza desinteresada» (p. 87).

Cambiando de tercio, el cuarto de los trabajos aquí reunidos se centra en una de las facetas más celebradas de la autora hispano-alemana, esa que no le discuten ni sus más fieros detractores. Montserrat Amores García –«Fernán Caballero: el folclore al servicio de una idea»– nos introduce en la impagable labor que Fernán realizara como recopiladora de cuentos tradicionales, gracias, chistes, chascarrillos, refranes... es decir, de todas aquellas manifestaciones de la tradición popular andaluza hasta entonces diseminadas y sin lugar propio en los tradicionales cauces literarios. En este sentido, protagoniza uno de los primeros acercamientos conscientes y sistemáticos a la etnografía andaluza. No obstante, advierte Amores, «“recopilar y copiar” implica para [ella] una estrategia de selección que tiene su origen en [su] ideología» (p. 99). Un trabajo, pues, tamizado por sus creencias políticas y religiosas –cambiábamos aquí de tercio, que no de fondo, recuérdese la fuerza de ese «elemento doctrinal» del que nos hablaba Sánchez-Llama–, y «parcialmente reconocido [...] en el extranjero» –no en España– antes de su muerte (p. 102). Y al igual que la autora estaba muy atenta a la literatura europea, también lo estaba a esos inventos que cambiarían la forma de mirar el mundo. Es lo que, a continuación, nos muestra la profesora Marieta Cantos Casenave en «Lo pintoresco, lo panorámico y el daguerrotipo. Nuevas formas de ver y plasmar las costumbres», estudio de las nuevas experiencias aeronáuticas (viajes en globo) y novedades visuales (panorama, daguerrotipo) nacidas cuando la literatura comienza a agotar lo «pintoresco». Fernán entonces se suma a la modernidad, y lo hace, por ejemplo, adoptando la «metáfora del daguerrotipo, incluso al referirse a sus cuadros de costumbre populares, para tratar de invisibilizar la intervención del narrador como productor de lo pintoresco» (p. 113), o en *La Gaviota* al «acudir a la técnica de la pintura panorámica, en que el “vasto cuadro” está compuesto de una sucesión de escenas yuxtapuestas que siguen un orden circular». Visión panorámica que, rizando el rizo, «no se mantiene estática»: a la armonía inicial sucede una yuxtaposición de escenas de pasión y muerte, «de modo que el lienzo se transforma en un panorama móvil [...] cuya velocidad parece arrastrar a la protagonista». Así, concluye Cantos, «lo pintoresco, que no lo folclórico, pierde peso [...] en este panorama», en que resulta muy atrayente la lucha de su «protagonista por subirse al tren de la modernidad» (pp. 116-117); tren que su autora, lo vamos viendo, no había dejado pasar.

Atiende seguidamente M.^a José Alonso Seoane –«Fernán Caballero en la prensa periódica»– a otro de los frentes en que se batió Fernán Caballero, y que también responde a su inquietud por mantenerse actualizada: su relación con la prensa, «uno de los aspectos más importantes y permanentes de su vida literaria» (p. 121). Relación, como muestra Alonso, muy estrecha desde que en 1835 publicara, en *El Artista*, *La madre o El combate de Trafalgar* hasta casi el final de su vida, en que siguió colaborando en varias publicaciones. Pero aparte de soporte para sus publicaciones –ahí tenemos, por ejemplo, *La Gaviota* en *El Heraldo*– esa prensa que tan esencial sería en la actividad literaria del

siglo XIX, para Fernán se convertiría en fuente de conocimientos (línea directa con los rumbos de la literatura europea), de alegrías y disgustos (críticas publicadas sobre su propia obra). Y precisamente en la prensa, ya lo adelantábamos, se habían publicado muchos de sus cuentos; en ellos, así como en los aparecidos en otros formatos, se centra Ángeles Ezama –«Fernán Caballero, autora de cuentos, relaciones y cuadros de costumbres»– para armar una clasificación de su narrativa breve; tarea nada fácil debido a que Fernán «cultivó una literatura miscelánea, variopinta, sin preocuparse de si encajaba o no en las formas y géneros establecidos por la tradición» (p. 131-132). Como concluye Ezama, «el conjunto de estas obritas [...] semeja una especie de experimentos en torno a las formas narrativas breves» (p. 132); experimentación que representa una renovación literaria anclada en dos pilares: romanticismo y realismo; un realismo que, fiel a la ideología de su autora, y como ya hemos tenido oportunidad de ver, consistía en «poetizar» la verdad. Y en ello, en ese carácter del realismo que practicara –«interdependencia de belleza, verdad y bondad que Cecilia heredó de sus padres» (p. 146)–, se enfoca Toni Dorca –«A vueltas con el realismo de Fernán Caballero»– para estudiar el papel que nuestra autora tuvo en su «gestación y posterior desarrollo» (p. 145). Contrasta Dorca su poética del realismo –formulada en *La Gaviota*– con la de dos pesos pesados realistas, Galdós y Pereda, para mostrar que si bien el primero reconocería a la autora como artífice (junto a Pereda) de la «novela de costumbres campesina», cuyo proyecto, consideraba, quedó oscurecido por «el didactismo de la fábula y la poetización de la realidad» (p. 149), el segundo realizaría en 1897 una justificación de la novela regional que supondría la «validación implícita» de «la labor precursora de Fernán Caballero» (p. 153); «implícita» porque no la nombra. Reflexiona Dorca en este trabajo, y a propósito de la opinión de Galdós, sobre ese «didactismo de la fábula» de Fernán, y sobre cómo «ha perjudicado seriamente la valoración de su obra» (p. 149).

Seguidamente Julie Botteron, en «Fernán Caballero, la infancia y la defensa de los animales», aborda la faceta de nuestra autora como pionera en la literatura infantil y en la defensa de dos categorías de «seres vulnerables» (niños y animales), «cuya concepción se discute cada vez más a partir del siglo XVIII». A propósito de la infancia son omnipresentes en su narrativa «cuestiones sociales [...] como el embarazo, la crianza y la educación» (p. 156), así como la guerra, la enfermedad o el abandono que destruyen familias. Fiel a sus principios, en su literatura destinada a los niños privilegia formas narrativas con moraleja, y ese «didactismo se aplica a materias que provienen de las costumbres populares, del catecismo católico o de lecciones históricas» (p. 159). En cuanto a los animales, explica Botteron cómo la autora fue una adelantada a las sociedades protectoras, en su lucha –también presente en su narrativa– contra el maltrato animal. Y, en este sentido, su defensa de seres vulnerables «cuestiona los fundamentos morales y sociales de la España del siglo XIX» (p. 165). Finalmente, y sin abandonar el ámbito de la instrucción, en esta ocasión la institucionalizada, Margarita García Candeira –«Enseñar a Fernán Caballero hoy»– aborda la suerte que Fernán ha corrido en la educación literaria en España: privilegiada por el franquismo, la democracia vendría a sumirla en un «relativo silencio», a raíz de la consolidación de la triada Valera-Galdós-Clarín. Hoy día, en muchos manuales de Bachillerato no aparece ni siquiera mencionada; los que lo hacen, la colocan en un lugar fronterizo entre romanticismo y realismo. Y es que «la actitud abiertamente tradicionalista y el moralismo ultracatólico de Fernán, [que] la hacían simpática a los legisladores franquistas, [...] la convierte en profundamente antipática para nuestros ojos contemporáneos, ejercitados en un canon más liberal» (p. 169). Así, sostiene García Candeira, Fernán Caballero no ha sido aprovechada para «ensayar tentativas de recuperación y actualización didácticas», como sí lo han sido Pardo Bazán, Avellaneda o las autoras del 27; a pesar de ello, afirma, su trayectoria «contiene elementos

que permiten iluminar aristas no demasiado transitadas de la conexión entre romanticismo, modernidad y literatura europea», que se podrían explorar «para una renovación conceptual que permita fundar aproximaciones pedagógicas actualizadas y más atractivas» (p. 170).

Cierran el libro una cronología y una bibliografía; feliz coda para el que, sin duda, y como afirma la Consejera de Cultura y Patrimonio Histórico en el prólogo, es el «broche de oro para todo un año de homenajes» (p. 8). Lo es, también, para la admirable labor de los autores reunidos en *Fernán Caballero: escritura y contradicción*: la recuperación, comprensión y reivindicación de una escritora que, a partir de estas páginas, comienza a dejar de ser ese «enigma» que se anunciaba en su prólogo.

Eva María Flores Ruiz
(Universidad de Córdoba)